v17 #2

LA ESPADA TODO LO VENCE

ó

NO HAI PARA AMOR DISTANCIA.

COMEDIA EN 4 ACTOS EN VERSO

POR DON JUAN J. DE ARENAS.

Ejecutada con general aprobacion por la Compañia Dramática del Teatro del Balon de esta ciudad en los dias 6 y 13 de Mayo de 1847.

CADIZ: 1847.

IMPRENTA DE D. MANUEL BOSCH.

Este drama es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima.

860.82
Sp24
v.17 n.2

Personages.

D. JUAN DE LARA.
ALARCON.
GUALTERO, amante de
ELENA, hija de Alarcon.
JULIA, madre de Gualtero.
PONCE Y CONTRERAS. } Criados de Lara.
FORTUN. }
CRIADOS DE ALARCON, CAZADORES &c.

Gen. Rev. Aforonich

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/laespadatodolove00jdea

LA ESPADA TODO LO VENCE

ó

NO HAI PARA AMOR DISTANCIA.

ACTO I.

La escena representa una habitaciou de la casa de Alarcon, puertas al frente y á la izquierda, á la derecha un balcon, mesa y sillones, &c.: es de noche.

ESCENA 1.ª

D. Juan y Alarcon.

D. Juan. Seguid, seguidme contando
de vuestro hijo la historia;
id su pasada memoria
en mi corazon gravando,
que aunque os de negro disgusto
el recuerdo de esa escena,
que me deis parte en la pena
me parece, Alarcon, justo.
Alarcon. Valiente fué, vive Dios,
y su mas ardiente anhelo
era desplegar el vuelo
de gloria y triunfos en pos.
Partió á los campos marciales
y sintió latir su sien
al ronco y bélico tren
de clarines y atabales.
La carroza de la gloria
siempre arrastró en su valor,

conquistando sin pavor
la palma de la victoria.
Nunca se le vió volver
evitando á el enemigo,
que nunca temió el castigo
del adversario poder.
Por eso cuando empezaba
la dura lucha guerrera,
su lanza era la primera
que en la sangre se bañaba.
Por eso el lauro ciñó,
símbolo del vencimiento,
y con heroico ardimiento
á su patria defendió.
Mas cuando mas se encumbrara
en renombre belicoso,
quiso el destino azaroso
que todo se desplomára.
Con dos heridas cayó
y las fuerzas agotadas
allí entre sus camaradas
gloriosamente espiró.
Sé tambien que á un compañero
encargo dió de buscarme,
y de una alhaja entregarme
cual recuerdo postrimero.

D. Juan. ¿Y fué, Alarcon, entregada?

Alarcon. Dos años han espirado
y á mi poder no ha llegado
memoria tan deseada.

D. Juan. Mal cumplidor por mi vida....
pero tened confianza.

Alarcon. La tuve, mas mi esperanza
se va estinguiendo perdida:
tal vez estoi lacerando
vuestra alma con mi acento.

D. Juan. Es verdad, el sentimiento
va mi corazon bañando,

Y cual vos tambien me aflijo,
porque sé y es bien seguro
que no hai cariño tan puro
como el de un padre y un hijo.
Mas si la suerte tirana
á el hijo os arrebató,
para consuelo os dejó
á su pura y linda hermana.
A Elena, á ese ángel del cielo
criatura tan virginal
que es de virtud un fanal
y de inocencia un modelo.

Alarcon. Noble amigo, si no fuera
por el amor de esa hija,
en mi afliccion tan prolija
¿imaginais que existiera?
Ya al embate rencoroso
del infortunio tirano,
bajado hubiera este anciano
al sepulcro silencioso.
Pero entonce abandonada
Elena, sin otro amparo
que de su razon el faro
y con libertad sobrada,
pronto de pasiones viles
la mefítica semilla
germinaria la mancilla
en sus años juveniles.
Solo por eso me hallo
con sobrada fortaleza
para domar la aspereza
del pesar con que batallo.

D. Juan. Pero si la suerte airada
á sucumbir os condena,
¿no habrá de quedar Elena
cual decis, adandonada?
Escuchad; del viento impuro
al ímpetu enfurecido

el mar ensoberbecido
puede derribar un muro;
mas si otro se levanta
tras aquel, la ola altanera
aunque brame ronca y fiera
en su mole se quebranta.

Alarcon. De descripcion tan prolija
la consecuencia ya infiero,
pero ¿dónde el caballero
está que aspire á mi hija?

D. Juan. Oidme, noble Alarcon,
que aqui á la amistad sujeto
voi á daros un secreto
que abriga mi corazon.
Hará dos años: un dia
en que el astro refulgente
hácia el lóbrego occidente
menguando su luz caia,
tras un camino propicio
que me guiase al hogar,
tuve al fin que rodear
los muros de este edificio.
Cuando en una alta ventana
un semblante descubrí...
semblante que nunca vi
de beldad mas soberana.
Estacioné mi caballo
frente á la ventana bella,
y fija mi vista en ella
estuvo, hasta que ya el rayo
del luminar moribundo
entre las ondas se hundió,
y la noche desdobló
su manto en sombras fecundo.
Pensé que aquella aficion
como otras se pasaria,
mas me engañé; cada dia
se acrece en mi corazon.

De entonce tan solo vivo
con una bella esperanza,
de amores en la balanza
gimiendo preso y cautivo.
Y ese amor que me envenena
y que do quier me ha guiado
¿conoceis quien lo ha inflamado?

Alarcon. Lo ignoro.

D. Juan. Vuestra hija Elena:
ella es mi ilusion dichosa,
y si mi amor consintiera
juro aquí que os la pidiera
noble amigo, por esposa.

Alarcon. ¡Oh qué palabra tan grata!
me henchis, conde, de ventura
y con delicia tan pura
mi corazon se arrebata.
Consentirá por mi fé
que ella siempre fué obediente,
y si vacila su mente
mis consejos la daré;
y os llevaré al pié del ara,
que es fruicion harto dichosa
saber que mi hija es esposa
del noble conde de Lara.

D. Juan. Es mi cielo, mi ambicion,
mi estrella, si, cuanto adoro,
mi dulce ensueño de oro,
mi mas célica ilusion.

Alarcon. Aqui se acerca, D. Juan,
de vos me prometo hablarla.

D. Juan. Si conseguis apiadarla
mis deseos se cumplirán.

ESCENA 2.ª

DICHOS Y ELENA *por la izquierda.*

D. Juan. Encantadora beldad,
(*Dirigiéndose á Elena*)
con rayos de la hermosura,
la densa tiniebla oscura
que me ofusca, despejad.
Lucid las gracias sin fin
y sabed gentil doncella
que descollais la mas bella
en el español confin.

Elena. A la verdad no os creeria
á no haber sabido antes
que se precian de galantes
los hijos de Andalucia.

D. Juan. No os imagineis que miento,
pues yo no sé que me anuncia
que lo que el labio pronuncia
dentro del pecho lo siento.
Ademas que el que disfraza
su pensamiento real,
no es noble, que es criminal
nacido de tosca raza,
y por Dios no se colore
vuestra faz de rosicler,
que entonces habeis de hacer
que el alba envidiosa llore.

Elena. Sois algo exagerador,
y á tan obsequiosa ofrenda
conseguireis que se encienda
mi mejilla de rubor.

Alarcon. Disimulad su inocencia
pues en colegio educada
vió su vida deslizada
sin amorosa esperiencia.

Dos años ha solamente
que abandonó la clausura,
y aun no perdió su alma pura
aquella calma inocente.

D. Juan. Poseeis, buen Alarcon,
tesoro de tal valia
que el mas noble anhelaria
su mano por galardon.

Alarcon. Es el único consuelo
que tengo sobre la tierra,
y ella tan solo destierra
las sombras de mi desvelo.
Ella con mano cuidosa
mi blanco cabello ordena;
y con sus gracias, serena
la tempestad borrascosa
que desgarra al corazon,
desde que la muerte fiera
arrebató en lid guerrera
á un hijo, sin compasion.

D. Juan. Debeis no entregaros tanto
al dolor que os envenena,
y paliar esa pena,
de vuestra hija al encanto.

Alarcon. Hija del alma: á mi seno
llega inocente criatura;
del cáliz de la amargura
tú evaporas el veneno.

D. Juan. Siento, Alarcon, retirarme
en instante tan dichoso;
mas un negocio forzoso
ora me obliga á ausentarme.
Mañana al amanecer
en nuestro coto os espero,
pues segun dice el montero
caza abundante ha de haber.

Alarcon. Tendré suma complacencia.

D. Juan. Adios, hermosa beldad

Alarcon, adios quedad.

Alarcon. Breve será nuestra ausencia.

(*Váse D. Juan por la puerta del frente.*)

ESCENA 3.ª

ELENA Y ALARCON: *se sientan.*

Alarcon. Siéntate aquí á mi lado Elena bella,
de mis insomnios celestial beleño,
y escucha mis acentos que conspiran
á tu felicidad: en los mas tiernos
cándidos años de tu edad primera
la dura muerte con encono fiero
arrebató á tu madre cariñosa.

Elena. Nunca se aleja de mi amante pecho
ese recuerdo de dolor impio,
y cuándo eclipsa mi pupila el sueño,
sobre una nube descender la miro
de la region espléndida del cielo,
y tenderme su mano protectora
pronunciando con dulce y suave acento
mi nombre, padre mio.

Alarcon. Ya la perdiste
y aunque tus ojos en raudal inmenso
de lastimoso llanto se conviertan,
no tornará jamas sobre este suelo:
empero no quedaste abandonada;
si perdiste una madre, con esmero
y sin igual cariño, entre mis brazos
¿no he sido emblema de paterno afecto?

Elena. Si lo fuisteis, señor, y agradecida
á tanto amor os doy el juramento
de obedeceros fiel, y de ser siempre
vuestra sierva sumisa.

Alarcon. Asi lo creo,
y pues que ya los años agobiando
van mi existencia con su inerte peso-

dejarte quiero un protector, un noble
que sostituya mi paterno afecto.

Elena. Esplicadme, señor, vuestras palabras,
pues su oscuro lenguage no comprendo.

Alarcon. Elena, se reduce á que el de Lara,
henchido de ternura y ardimiento
tu mano me demanda.

Elena. ¡Justo cielo!

Alarcon. Tus facciones se alteran y tus ojos
se agitan temblorosos ¡qué misterio!

Elena. Padre querido...

Alarcon. ¿Aceptas el esposo?

Elena. Tomad mi vida si quereis; no puedo
al de Lara enlazarme.

Alarcon. ¿Por qué causa?

Elena. Escuchadme, señor; un gran secreto
á revelaros voi, aunque irritado
vea en vuestra faz el desabrido ceño.
Una noche de julio deliciosa
reposaba tranquila en mi aposento,
que bañaba con luces plateadas
la tibia luna desde el alto cielo:
el ancho mar su bramador embate
á merced de la noche habia depuesto,
y solo resonaba en lontananza,
casi dasvanecido por los ecos,
algun trino del ave que cantaba
del bosquecillo entre el ramage espeso:
el choque de los cascos de un caballo
sobre el informe y arenoso suelo
hizo entreabir mis ojos que cerrados
se entregaban del sueño al grato imperio;
entonce.... arrebatada, conmovida,
descorrí el viso á los cristales tersos
y al resplandor de la argentada luna,
sobre un bridon de deslumbrante as-
pecto
montado vi un doncel cuya mirada,

cual fuego aereo, devoró mi pecho:
su gentil apostura, la arrogancia
con que domaba al potro que travieso
hacía flotar las resedosas crines;
el gran penacho de fulgente acero
en cuya estremidad ondear se vian
vistosas plumas de color diverso;
su noble traza en fin, y la ternura
con que dijo su labio *ó tuyo ó muero*,
gravaron sus facciones de tal modo
sobre mi corazon, que en vano intento
al olvido entregar aquella noche
en que sumida en célico embeleso
ante el Dios que domina cielo y tierra,
con voces que el amor articulára
pronuncié indisoluble juramento
de ser su esposa.

Alarcon Aleja esos amores
que solo eclipsar pueden el Sol terso
de mi limpia nobleza; aquesos lazos
indignos son de avasallar el pecho
de la que lleva mi esplendente nombre.
Ademas, á tu ruego ya no puedo
aceder, pues encuentrase empeñada
mi palabra de honor, y un caballero
antes de quebrantar lo que promete
debe anhelar morir, y pues deseo
que esta union ventajosa se efectue
no vaciles; no, no, que si en tu pecho
esos recuerdos en guardar te obstinas,
y no renuncias á tu amor siniestro,
acabará tu vida allá en el claustro
de solitario y triste monasterio.

Elena. Obedeceros debo, padre mio;
vos en los bellos años lisongeros
en que grata resbala la existencia,
en que de dichas plácidas el cielo
nuestra alma llena con sin par encanto

me colmasteis de dúlces embelesos
entre blandas caricias inefables:
á vos debo la vida que sostengo,
mas.... consentir no puedo la exigencia
que me imponeis con pavoroso acento,
que es mi pasion tan divinal y pura
que al olvidar los votos de Gualtero
sobre mi frente pérfida vibrára
su atroz sentencia el irritado cielo.

Alarcon. No insisto mas; pero al olvido entrega
de ese bastardo amor el juramento,
pues si mañana altiva como ahora
desoyes de este anciano los consejos,
iras como ya he dicho á marchitarte
á los tétricos muros de un convento.
(*Váse Alarcon por la izquierda.*)

ESCENA 4.ª

ELENA.

Ayer todo sonreia
á mis inocentes ojos,
y la cierta planta mia
por entre flores corria
sin tropezar con abrojos.
Hoy las flores se ocultaron
bajo el manto del dolor,
y mil abrojos brotaron
que el alma me lastimaron
con terrible torcedor.
Ayer campo de pasiones
era mi férvida mente,
y entre gratas ilusiones
celestes emanaciones
me arrullaron tiernamente.
Hoy no encuentro aquel encanto
que el pensamiento soñó,
y en insondable quebranto

tan solo angustioso llanto
al alma triste quedó.
¡Cuán injusto fuiste oh cielo!
por un hora de placer
fugaz, cual del ave el vuelo,
me distes siglos de duelo
y de horrible padecer.
¡Ah! dime en que te ofendí
pobre muger desdichada,
¿perjura contigo fuí
para que vibres así
tu sentencia despiadada?
En vano triste querella
el alma cuanto padece,
ya mi gloria se oscurece
como la pálida estrella
cuando el alba resplandece.
¿Y como podré existir
sin amor? siniestra suerte
que me quieres combatir,
¿no me pudistes herir
con el golpe de la muerte?
Si el arbolillo frondoso
sus lácias ramas doblega
cuando el verano enojoso
agota el cauce anchuroso
que su seco tronco riega;
Si del viento combatida,
se abate la tierna flor
en hojas mil dividida,
¿cómo sostendré la vida
si llego á perder mi amor?
Mi amor... ¡tal vez olvidada
seré ya de mi Gualtero!
¿será mi sospecha errada?
si, que la traicion malvada
no empaña, no, á un caballero.
Dos meses que en mi delirio

de amores ausente está,
atroz, terrible martirio
que me consume cual lirio
que el cierzo azotando va.
Mas nunca le olvidaré,
que es mi ternura tan rara,
que siempre le adoraré,
mientras de muerte odiaré
al cruel D. Juan de Lara.
¿Ser yo su esposa? ¡Dios mio!
la muerte venga primero,
blanda en mí su golpe fiero,
que hasta en el sepulcro frio
he de adorar á Gualtero.

ESCENA 5.ª

DICHA Y GUALTERO *que entra embozado por el balcon de la derecha.*

Elena. ¡Ah! (*sorprendida*)
Gualtero. No temas mi bien.
Elena. Gualtero mio.
Gualtero. Alma de mi existir, luz bendecida,
no me ocultes tus ojos con desvio,
que esa luz es la antorcha de mi vida.
Amarte es mi esperanza, mi desvelo,
y tanto está mi alma fascinada,
que no hallaria ventura ni en un cielo
sin la magia feliz de tu mirada.
Elena. Si, Gualtero, te amo, mas ahora
torna á partir, que puede sorprendernos
mi inexorable padre.
Gualtero. ¡Infausta hora!
¿separarme de tí?.... ¡males eternos!
si partiré, mas déjame respire
de tu labio el ambiente embalsamado,
deja que loco de placer espire

en su perfume lánguido bañado.
Deja bese tu mano peregrina,
que afrenta al alabastro en su blancura,
y que al efluvio de su tez divina
delire aqui de amor y de ternura.
Aquí, oyendo tu voz, tu dulce acento
puro cual de los ángeles el coro,
que atruena el azulado firmamento
al vibrar de mil cítaras de oro.
Sé que deliro en vértigo de amores
al entrever tu faz, silfide bella,
rosa que envidian del vergel las flores,
de mi cielo feliz, fúlgida estrella.
Mas ¿cómo reprimir, mi bien, podria
este fuego voraz que en mí se inflama
cuando mi corazon, hermosa mia,
se requema y consume ya en su llama.
Cuando en el mundo para mi sombrio,
árido, estéril, cual desierto mudo,
solo en tu amor encuentro, ídolo mio,
contra mi sino adverso, fausto escudo;
tú eres tan solo celestial amparo
que espanta el númen de mi suerte impia
tú eres en mi borrasca esbelto faro
en noche de dolor, albor del dia.
Por eso no hai barrera que me impida
volar donde me llama tu reclamo,
para rendirte el corazon, la vida,
y repetir mil veces que te amo.

Elena. Si, yo te adoro, tuyos son mis votos
y de este amor los sacrosantos lazos
solo pueden quedar, Gualtero, rotos
cuando mi corazon salte en pedazos.

Gualtero. Divino el labio que ese juramento
pronunciara feliz.

Elena. Será cumplido;
mas huye por piedad de este aposento;
si se acerca mi padre, eres perdido.

Gualtero. ¡Abandonarte! si, porque altanera
la suerte me reusó timbres, fortuna,
porque no me bañó la luz primera
de oro y marfil en esmaltada cuna.
Maldita sociedad que asi destrozas
el vínculo de ardientes corazones,
y que en quebrar fanática te gozas
de fiel pasion los duros eslabones.

Elena. ¡Ah! si supieras cuanto el alma mia
acibarada está desde el momento
que un padre con adusta tirania
me anuncia horas letales de tormento.
Quieren sacrificarme, mi Gualtero,
quieren llevarme al pié de infausta ara
y mi mano anudar ¡morir primero!

Gualtero. Acaba por piedad.

Elena. Con el de Lara.

Gualtero. ¿Acaso ese rival pérfido ignora
que antes de acariciar tu blanca mano
de un puñal la cuchilla cortadora
habria de herir su corazon villano.
En la grandeza de la corte brilla
y aunque á súbditos mil su ceño aterra
ha de ver cuanto pesa mi rodilla
sobre su cuerpo derribado en tierra.
¡Hermosa mia! por piedad confiesa
si sus tesoros ¡ai! te deslumbraron,
si de torpe ambicion es tu alma presa,
si mis pobres protestas te ofuscaron.

Elena. Injusto estás, Gualtero, cuando sabes
que de tu amor depende ya mi vida
como depende el nido de las aves
de la rama del viento sacudida.

Gualtero. ¡Ah! cuán grata resuena esa palabra
que salvó de tu labio la sonrisa...
deja que el pecho á la efusion se abra
como la flor al beso de la brisa.
Ven á mis brazos, embriagarme anhelo

en el perfume de tu casta frente,
Vírgen de Rafael, hija de un cielo,
rosa de Jericó, pura, inocente.
Huyamos, el amor lazos de flores
á nuestra planta tenderá riendo,
y aquesos lazos, símbolo de amores,
luego irán nuestras frentes reciñendo.
¿Y recelas partir? tú no me amas
con este ardor que mi existir agita,
tú no alimentas las voraces llamas
que un volcan en mi pecho precipita.

Elena. Si, si Gualtero, cuadro delicioso
el que forja tu ardiente fantasia;
si partiré, mas antes respetoso
calma la agitacion del alma mia.
Consiente en alejarte, aunque arrastrado
en pos de tí mi corazon se lanze.

Gualt. No hay poder en el mundo que menguado
á domeñar mi voluntad alcance;
mas á tu ruego resistir no puedo:
A Dios Elena, parto.

Elena. Si; al instante.

Gualtero. Pero no por pavor; que nunca el miedo
en mí brotó su gérmen degradante,
y pronto volveré; con aspereza,
de Lara habré domado la arrogancia,
y he de hacer conocer á la nobleza,
que en amor, nunca puede haber distancia.

(Vase Elena por la izquierda, Gualtero va á salir por la derecha pero le detiene Alarcon que acompañado de tres criados, aparece en la puerta del frente.)

ESCENA 6ª

DICHO, ALARCON Y CRIADOS.

Alarcon. Deteneos vil enemigo
de mi honor, y ved que aquí,
quien ha osado entrar así
no ha de salir sin castigo.
Audaz fuisteis, vive Dios,
¿y confundido no estais?
ó por ventura ¿ignorais
que soy mucho mas que vos?
que puedo haceros caer
á mis plantas cual vasallo
y eclipsaros con un rayo
tan solo de mi poder.

Gualtero. Deponed reconvenciones,
que de mas siempre estuvieron,
á los que nunca temieron
ni potestad ni blasones.
Que por todos los mortales
al pasar yo mi rasero,
vi que el magnate y pechero
son, cual nosotros, iguales.
Mas si me quereis rendir
una gracia, noble amigo, (*con ironia*)
en vez de tanto castigo
pronto dejadme partir.

Alarcon. Imposible, antes vengar
debo la ofensa que infama,
que nunca dejé mi fama
impunemente afrentar.
Habeis tocado á mi honor
y con intento menguado
de mi hija habeis manchado
la inocencia y el candor.
¿Y qué deje sin venganza

el escarnio que me haceis?
¿qué vea mi baldon quereis
con flemática templanza?

Gualtero. No á zaherir os atrevais
á vuestra hija inocente,
porque vuestro labio miente
si insensato la culpais.
Que está pura como el sol,
y en ello, Alarcon, no miento
que aunque de timbres exento
soi noble, siendo español.
Ved que mi palabra sola
vindica ya vuestro honor,
que nunca ha sido traidor
quien lleva sangre española.

Alarcon. Juramentos escusad
y en prueba de mi venganza
el acero sin tardanza
á mis criados dejad.

Gualtero. Vuestra mente acalorada
os hace ignorar, señor,
que habiendo fuerza y valor
todo lo vence la espada.
Y dejad mal vuestro grado
mi acero donde le veis,
si es que pavor no teneis
de mirar que estoi armado:
¡Engreidos personages
de heroismo tan inmenso (*con ironia*)
que solo en un indefenso
pueden vengar los ultrages!
Mas ora el plan os falló
pues no hai en el mundo nada
que llegue á arrancar mi espada
del brazo que la llevó.

Alarcon. Tenaz estais por mi vida,
mas, pese á tanta jactancia,
yo dejaré esa arrogancia

en el polvo confundida.
De mi casa servidores
á el osado desarmad.
(*dirigiéndose á los criados*)

Gualtero. Paso á mi espada dejad
(*desnudando el acero*)
falange de aduladores:

(*Lidian Gualtero y los criados del conde: aquel se apodera de la puerta del fondo y retrocediendo salen del escenario.*)

por lo poco que valeis
veo que de tanto importuno
no ha de quedarme ni uno.

Alarcon. Seguidle, no le dejeis.

(*Elena sale al ruido de las armas por la izquierda*).

ESCENA 7.ª

DICHO Y ELENA.

Alarcon. Aplaudo tu inobediencia (*con ironia*)
tan tenaz.

Elena. Inspira cielo
mi alma, que hoi se conjura
contra mi el destino adverso.

Alarcon. Hija indócil y liviana
que por un capricho necio
manchas el sol de mi honra
que siempre brillará ileso,
¿no temes que el cielo vibre
sobre tí su justo ceño,
y que castigue su mano
tus temerarios empeños?
Hubo un tiempo de inocencia
en que tu dormido pecho
no despertaba al alhago
de amorosos pensamientos;

entonces dócil y tierna
escuchabas mis consejos
y con infantil sonrisa
dabasme gracias por ellos.
Mas ora ya me desdeñas
y por el fatal sendero
de livianos procederes
tiendes tu paso inesperto.

Elena. No me culpeis de liviana (*con serenidad*)
que os falta razon en ello;
culpadme solo de amante
sin ventura, sin consuelo:
si, padre mio, lo repito,
amo á un apuesto mancebo
que me ha contagiado el alma
con sus divinos acentos,
será imposible olvidarle:...

Alarcon. Calla, calla porque siento
que un volcan de ardiente cólera
brota atronando mi pecho,
ese mancebo.... ¿y quien es?
¿quiénes fueron sus abuelos?
ignorados ciudadanos
hijos tan solo del pueblo.. (*con desprecio*).

Elena. Hijo del pueblo, y ¿qué importa?
todos del pueblo nacieron
y sin él no hubiera nobles
ni orgullosos palaciegos:
esos soberbios magnates
que con fúlgidos aprestos
arrastran ricas carrozas
con jaeces tan espléndidos,
¿por qué brillan? porque oprimen
al débil pueblo indefenso
y le arrancan sus fortunas
para malgastarlas luego.

Alarcon. No sigas, que desconozco

tus virtudes de otro tiempo,
motejando la nobleza
que es el sol del universo,
y á las populares turbas
insensata defendiendo.

Elena. Turbas que si se levantan,
tiranos lazos rompiendo,
hollar con su planta pueden
las coronas y los cetros.

Alarcon. Dejemos esas cuestiones
bien agenas de tu sexo
y escucha: lo que esta noche
presencié, queda en silencio;
mas si pasados tres dias
que es plazo que darte debo
no eres del conde de Lara...

Elena. Es inútil vuestro intento.

Alarcon. Fenesca primero el plazo,
y si te obstinas en ello
te decidirás entonces
á ser del de Lara luego,
ó á separarte de un padre
que estás últrajando.

Elena. ¡Cielos
¿tan inflexible sereis?

Alarcon. A tu eleccion yo lo dejo.
(*Váse Alarcon por la izquierda*).

ESCENA ULTIMA.

ELENA.

¡Oh tu, Señor, que en la celeste altura,
sobre trono de nubes refulgente,
sugetas de los vientos la brabura
y de los mares el fragor hirviente!
escucha, si, de una infeliz criatura
la súplica sumisa y reverente

y rompe al paliar sus hondas penas
de su suerte las bárbaras cadenas.
De un tenaz padre que mi angustia labra
ablanda la severa tirania:
haz que su pecho á la piedad se abra
dando tregua á mi pérfida agonia,
haz que rompa la bárbara palabra
que diera al conde, y desque nazca el dia
hasta que venga de la noche el manto
bendeciré tu nombre sacrosanto.

FIN DEL ACTO I.

ACTO II.

EL DUELO.

La escena representa una parte de una campiña, al frente árboles y monte, un banco de cesped á la izquierda.

ESCENA 1.ª

D. Juan Alarcon y criados.

Alarcon. Cuan bella es la primavera
cuando al desplegar su manto,
borda el bosque y la pradera
con flores de rico encanto.
Mucho mas si soñolienta
el alba asoma su risa,
y á la sombra cenicienta
impele la suave brisa.
Entonces los cazadores
puesta al hombro la escopeta
van siguiendo entre verdores
del lebrel la pista inquieta.
Llegan al sitio aparente,
ya sean llanos, ó sean cerros;
cargan el cañon ardiente
y hacen señal á los perros.
Cada uno se coloca
y al vibrar de un instrumento,
conocen á quien le toca
el plomo vaciar al viento.
Es un campo de batalla,
cunde el grito y clamoreo,
y en casi todos se halla

de hacer su presa deseo.
Entre las matas y troncos
la sangre se bermejea,
y al son de bramidos broncos
sobre las fieras humea,
y cual á rayos activos
huyen rotos los celages,
asi corren fugitivos
aquellos seres salvages.

D. Juan. Es verdad que es sorprendente
esa estendida campaña,
cuando ostiga nuestra gente
las fieras con negra saña.
Ya una liebre adormecida
bajo una rama frondosa,
salta por el plomo herida
con violencia estrepitosa.
Rauda cual centella incierta
que se escapa voladora,
corre de ramas cubierta
tras su gruta protectora.
Mas antes el plomo insano
la destroza en mil despojos,
y muerta queda en el llano
llena de matices rojos.
Allí el javalí cerdoso
bramando de furia embiste,
y con poder prodigioso
á las balas se resiste.
Los perros clavan sus dientes
en su monstruoso cuello,
y le muerden impacientes
obstinándose en vencello.
Mas antes el monstruo fiero
al pugnar con tantos lazos,
tuerce el colmillo ligero
y hace un perro mil pedazos.
La lucha crece con fuerza,

dobla el lebrel su venganza,
y la fiera, aunque se esfuerza,
al suelo débil se lanza.

Alarcon. Muy bella es esa pintura.

D. Juan. En esto el labio no engaña;
partamos á la montaña
y allí la vereis mas pura.
(*Vánse todos por el frente.*)

ESCENA 2.ª

JULIA *por la izquierda.*

Va á amanecer: ya la aurora
á traves de alegre brisa
con su mágica sonrisa
las altas montañas dora.
Huye la noche sombria
y dando gozo y placeres
despierta á dormidos seres
la antorcha del nuevo dia.
Silencio, tranquila calma
que á consolar á otros baste;
pero que forma contraste
con la inquietud de mi alma.
¡Ah! que noche: sobre el lecho
sin poder cerrar mis ojos,
sentí que agudos abrojos
se clavaban en mi pecho.
Y la negra incertidumbre,
fantasmas mil convocando,
iba triste acrecentando
del alma la pesadumbre.
Porque un pincel agorero
con negro color trazaba
que algun riesgo entonce estaba
amenazando á Gualtero:

que ha doce horas partió
y aun no ha vuelto ¡justo cielo!
amengua ya mi desvelo
y dime si sucumbió
del conde á alguna venganza,
ó si debo alimentar
de verle otra vez llegar
la alhagadora esperanza.
Hijo adorado, esa estrella
abandona que ahora sigues,
nada con tu amor consigues,
no nacistes para ella.
Vuelve, aunque á tu amor no cuadre,
que en este sitio te espera
la pasion mas verdadera,
el cariño de una madre.
Mas.... en ancha capa oculto
de la aurora á los reflejos,
veo venir allá á lo lejos
hácia estos sitios un bulto.
¿Si será? no te ilusiones
corazon, que es mucho daño
recibir un desengaño
tras fallidas emociones.
(*Una leve pausa*)
No... no es ilusion... le veo
esa es su noble apostura,
¡ai! es tanta mi ventura.....
cumplióse al fin mi deseo.

ESCENA 3.ª

Dicha y Gualtero *por la derecha.*

Gualtero. Madre mia, que ingrato es vuestro hijo
que llevado de mil sueños falaces,
va menguando el cariño que os tenía

en tiempos mas felices y envidiables.

Julia. De tu desden, Gualtero, te perdono
que no es dificil que á mi edad no estrañe
los efectos de férvidas pasiones,
de un amor contrariado los combates,

Gualtero. No es ya pasion lo que por ella siento,
es el solemne culto que se hace
de vagoroso incienso entre alba nube
del alto empireo á los celestes ánjeles;
es un iman secreto, irresistible,
que me arrastra con fuerzas indomables
como atraidos van los anchos rios
al espumoso centro de los mares.
Un momento tranquilos reposemos
y al resoplar de los livianos aires
os contaré de mi dolor sombrio
las terribles angustias, los azares,
en el amante pecho reservándolos
de la que siempre fué mi tierna madre.
(*Se sientan*).

Julio. Hijo del corazon, pronta me encuentro,
dolida de tus penas, á escucharte,
que es para el alma celestial beleño,
y para el mal un balsamo suave,
el dar al viento con tembloso labio
de justa pena los dolientes ayes.

Gualtero. Escuchad; ya dos meses de martirio,
dos siglos de amargura incomparable,
me ausentaban de Elena: era imposible
ya soportar tan angustioso trance;
y anoche cual si el cielo en sus arcanos,
irrevocable y fuerte me ostigase,
asaltando el palacio do reposa
de mis ensueños el divino ángel,
á su lado llegué, ciego de amores,
ebrio de dicha, de ilusion .... radiante,
Si vierais cuan hermosa estaba Eelna.

habia llorado, si, gotas suaves
de cristalino aljofar serpeaban
por la rosada tez de su semblante;
y del dolor la abrumadora huella
á sus hechizos daba tal realce
que el pincel del Ticiano no bastara
á trazar sus contornos virginales.
Nuevas protestas, nuevos juramentos
de indisoluble amor llegué á escu-
charle,
y en ilusion febril arrebatado
á mis plantas vi un cielo desplegarse.
¡Ay del que piensa en vértigo de amores,
que la fortuna no es frágil é instable
que al despertar de su falaz letargo
verá cual su fantama se deshace.
Asi fué: cuando mas enagenado
á un balsámico Eden creí transportarme
un golpe eterrador, cual el que hiere
á el réprobo en los antros eternales,
en pedazos rompió mi ardiente alma,
del corazon heló toda la sangre.

Julia ¿Tal vez os sorprendieron?

Gualtero. No importara;
fué que Elena, con labio vacilante,
pálida de dolor, yerta de enojos,
pronunció que Alarcon inexorable
la ostiga á que con vínculos sagrados
su corazon con el de Lara enlace;
pero no será, no, porque ora siento
que al furor de mis celos implacables
se nutre tal torrente de venganza
en mi pecho voraz, que si llegase
de un padre á las tiranas sugestiones
Elena á consentir tan fiero enlace;
yo mismo, profanando el sacro templo
del pie la arrancaré de los altares.

Julia. La cólera te ciega ¿acaso ignoras

que entre vosotros la distancia es grande?
ella nació entre holandas y riquezas,
tú en olvidada choza te criaste,
ella de noble estirpe descendiente,
tú careces de tales dignidades.

Gualtero. Preocupacion fatal ¿qué es la nobleza?
de un hombre á otro, adulacion infame,
raquítica insolencia con que quieren
unos sobre los otros sublimarse,
sin conocer en su demencia loca
que el cielo nos creó todos iguales.
Si; todos al nacer llanto derraman,
todos sufren del mundo los azares,
todos aman y gozan y envejecen,
y al fin van á una tumba á sepultarse.
¿Distancia y en amor? necia locura:
antes regir los vientos fuera dable,
porque el amor es ráfaga del cielo
y ante el cielo son nada los mortales.

Julia. Esa es la sociedad, si tú llevaras
un nombre que mil timbres revelase.

Gualtero. ¿Un nombre? le adquirí sobre los campos
esgrimiendo la lanza en cien combates,
porque un corazon diome el destino
como el mas noble, generoso y grande;
erguida siempre mi soberbia frente
no dejó que la infamia la manchase,
y si no tengo heráldicos cuarteles
el cielo bienhechor quiso otorgarme
de heridas mil las hondas cicatrices,
que mas que necios pergaminos valen.

Julia. Te turba tu dolor ¿no te imaginas
cuan temible y feroz es de esos grandes
y nobles caballeros la venganza?

atento escucha á tu afligida madre
y olvida esa pasion; gran sacrificio
debe ser para tí, mas cuando pase
el fuego abrasador que te consume
gracias tal vez me des.

Gualtero. Divino instante
si dar pudiera su beldá al olvido:
yo anhelaria en un sueño sepultarme
y luego al despertar, desvanecida
de mi hermosa encontrar la bella imá-
gen;
pero es imposible ¿qué no hiciera
por olvidar sus gracias celestiales?
Yo pensé que la guerra fratricida,
el aspecto de bélicos combates,
á borrar de mi alma su hermosura
y su divo candor fuera bastante.
Mentira fué mi pensamiento vano,
pues cuando mas en funeral combate
del moribundo el postrimer gemido
confundiase de trompas y atabales,
y armas sin cuento al resonar belijero,
cuando mas con caliente y roja sangre
teñido via mi hierro emponzoñado,
un eco misterioso y agradable
con vago giro en torno de mis sienes
Elena, Elena, articulaba errante.
(*se oye el son de una vocina*)
¿qué rumor á lo lejos se percibe?
¿sabeis quien lo produce, amada madre?

Julia. Si, hijo del corazon, son cazadores
todos nobles é ilustres personages,
deudos y amigos de ese duque fiero
que tu ilusion pretende arrebatarte.

Gualtero. El de Lara ¡Gran Dios! y me parece
que ese rumor empieza ya acercarse
al sitio donde estamos, madre mia
partid; tornad á los paternos lares

mientras me oculto yo de esa maleza
entre el espeso y árido follaje,
donde descubrir pueda sin ser visto
de ese rival el pérfido semblante.

Julia. No, no te dejo solo en estos sitios
pues que puede algun riesgo amenazarte.

Gualtero. Nada temais, si ora complacerme
quereis, dejadme solo aquí un instante;
en ello consentid, madre del alma,
no temais que el peligro me amenace.
(*Váse Julia por la izquierda.*)

ESCENA 4.ª

GUALTERO.

Llama voraz, germinante,
cual volcan de lava hirviente,
viene á abrazarme la frente,
intensa, fuerte, incesante.
Y este fuego devorante
de venganza y de rencor
cada vez con mas ardor
dentro de mi pecho estalla,
y el alma débil batalla
con su aliento abrasador.
Elena, ¿porque me amaste?
¿porque en malhadada hora
de tu boca seductora,
un juramento exhalaste?
Crédula no adivinaste
que tras la fragante flor
que daba aroma de amor
entre hojas peregrinas,
un haz brotaria de espinas
que hirieran el corazon.
Que se alzaba una barrera

entre nuestros pechos fieles,
que apurariamos las hieles
de una copa lastimera;
¡Oh suerte! ¡fortuna fiera!
¿porqué inflamas un fanal
de resplandor celestial
si luego el viento desatas,
y sus luces arrebatas
y ennegreces su cristal?
¿Y por qué un rayo ¡ai de mí!
no hizo mi vida despojos,
antes que sus bellos ojos
su luz rielarán en mi?
No lo quiso el hado asi
y ostentóme por mi mal
su contorno virginal,
y para mas angustiarme
con encono quiso darme
un execrable rival.
Rival infausto, terrible,
que entre la grandeza brilla
y que á su mandato humilla
de siervos tropel temible;
mas mi amor inestinguible
no cede á ningun blason,
y á tal llega mi pasion
y tanta estension abarca,
que conquistara á un monarca
de Elena la posesion.
(*Váse y se oculta*).

ESCENA 5.ª

D. Juan, Alarcon y Fortun *por el frente.*

D. Juan. Un momento reposemos
que ya el cansacio fatiga,

y en dulce plática amiga
la caza un rato dejemos:
venid, si os place, hácia aquí
sitio agradable ya veis.

Alarcon. En ello razon teneis.

D. Juan. Quédate Fortun ahí.
(*Se queda Fortun retirado*).
¿A vuestra hija, Alarcon,
mi pensamiento anunciasteis,
y vehemente le pintasteis
el fuego de mi pasion?
¿La hicisteis ver cuanto el alma
gime y suspira por ella,
que es el norte de mi estrella,
y de mi existir la palma?
Hablad, mi ruda exigencia
disimulad; ya os escucho;
vos no sabeis cuanto lucho
con la duda y la impaciencia.

Alarcon. Ayer, conde, os ofrecí
interesarla hácia vos,
y os juro, D. Juan, por Dios
que la palabra cumplí.
De vuestra pasion la hablé,
mas apesar de mi intento,
arrancar su asentimiento
á mis fuerzas vano fué,
y aunque bien sabe ora Dios
que con dañaros me aflijo,
sabed tambien que me dijo
que nunca seria de vos.

D. Juan. Callad, porque cada acento
que pronuncia vuestro labio
es para el alma un agravio
y para el pecho un tormento.
Bella ilusion de mi vida,
¿por qué me abrasé en tu fuego,
si habia de mirarte luego

cual humo desvanecida?
Yo, que por amarla diera
mis riquezas, mis honores,
que por gozar sus favores
cualquier valladar venciera.
Ahora me veo despreciado
sin ventura, sin consuelo,
sin aquel divino cielo
que mi mente habia creado;
que no hay angustia mayor,
ni tortura mas tirana,
que tras una ilusion vana
un desengaño traidor.
¿Acaso un rival cruel?

Alarcon. Tal creo

D. Juan. Si yo le encontrara
vive el cielo le enseñara
que soy mucho mas que él.

Alarcon. Un ignorado galan,
sin porvenir, sin fortuna,
con su plática importuna
os roba su amor, D. Juan.

D. Juan. Un rival, su nombre quiero,
y ya que hirió mi arrogancia
le haré saber la distancia
que hai de él á un caballero,
Que esta mano no domada
por degradante pavor
sabe manejar mejor
que la vocina, la espada.

Alarcon. No perdais aun la esperanza;
Elena ceda tal vez
de su loca insensatez,
y esté de mas la venganza.
Que si á vencer su demencia
mi ruego es desatendido,
tal vez saque mas partido
con su teson, mi violencia.

De nuevo yo la hablaré,
y si desoye á este anciano,
por complaceros, tirano,
á mas de padre, seré.
Que yo esta union ambiciono,
saberlo D. Juan debeis,
pues en mi amistad no habeís
tenido nunca abandono.

D. Juan. Siempre vuestro amigo fuí,
no lo dudeis, Alarcon,
que de esta estrema aficion
siempre las pruebas os di.
Por eso, si ora quereis
complacerme, aunque lo siento,
os suplico que un momento
aqui á solas me dejeis,
y si quereisme otorgar
otro favor tan sincero,
id y decid al montero
que pronto hemos de marchar.

Alarcon. Siempre puse mi atencion
en optar á vuestro agrado.

D. Juan. Siempre este favor grabado
quedará en mi corazon.
(*Váse Alarcon por el frente.*)

ESCENA 6.ª

D. Juan y Fortun *retirado.*

D. Juan. Elena á mi amor esquiva
tal vez mi pasion desdeña,
dejándome que perdido
en esta borrasca adversa,
que sin cesar me combate
y que me sigue do quiera,
vaya en pos de un precipicio

en vez de segura senda:
pero no, no puede ser,
que aquella chispa ligera
que hizo conmover mi pecho
cuando contemplé á mi bella,
de tal modo se ha inflamado
y ha prendido con tal fuerza
que convertida está ya
en una abrasante hoguera:
ya sufrir no puede el alma
tan despótica vehemencia,
ni el corazon este peso
que lo comprime y lo prensa.
¿y he de estinguir mi esperanza?
¿he de renunciar á ella?
. . . . . .
Detestable pensamiento
asalta mi mente inquieta,
mas abrigarle es preciso,
y si el mundo me condena
é innoble raptor me llama,
culpe, si, al desden de ella
y no culpe á mi pasion
que siempre vehemente fuera.
Fortun.

Fortun. Señor...

D. Juan. Llega aquí,
adonde estoi yo te acerca,
pues tengo que confiarte,
negocio de tal reserva
que si por necio descuido
ó por punible imprudencia
á revelarlo llegaras
te haria colgar de una almena
de mi castillo.

Fortun. Palabra,
juramento y diez protestas
os hago en este momento,

ante los cielos y tierra
de ser mudo para todos
ó dar tornillo á mi lengua.

D. Juan. Bien Fortun, ¿tienes valor?

Fortun. Bien conoceis que en la guerra
mis cuchilladas han sido
siempre de las mas certeras.

D. Juan. Entonce, escuchame atento;
cuando por el orbe tienda
la noche triste y medrosa
su tiniebla cenicienta,
cuando silencioso el mundo
en lecho tranquilo duerma
como reposan tranquilos
los que en la tumba se albergan,
saldrás, pues, de mi palacio,
para lo cual harás buena
eleccion muy acertada
de dos amigos que sean
cual tu de audacia y de arrojo.

Fortun. Me place; Ponce y Contreras
podrán seguirme, D. Juan.

D. Juan. Bien está, con planta cierta
todos tres os dirigid
á los muros que rodean
el palacio donde habita
Alarcon; hai una reja
que á causa de la estacion
siempre suele estar abierta,
cortada en el ancho muro
que al norte su lienzo ostenta:
á merced de alguna escala
puede intentarse por ella
en la estancia penetrar.
En esta Elena se encuentra,
hija del bravo Alarcon
y bellísima doncella.
Si confias en tu valor

y te hallas con entereza
para robar esa joya,
para mí de mas riqueza
que cuantas perlas arrolla
el Indo entre sus arenas,
mil doblas te habré de dar
en debida recompensa.

Fortun. Descuidad, que por mi vida
que no es esta la primera
ocasion en que me arriesgo
á estraer una doncella,
y vive Dios que á pagar
siempre en la misma moneda
os aseguro Señor
que en un momento os tragera
á la jóven, á su padre
y á toda su parentela.

D. Juan. Calla y no seas importuno;
la boca atrevida sella:
no hablemos mas del asunto
y de esto suma reserva
encarga á tus camaradas,
pues si alguno hai que se atreva
á descubrir mi secreto
peligrará tu cabeza.

Fortun. Señor, respondo por mí,
pero es cosa ya muy seria
el que sea yo responsable
de las palabras agenas.

D. Juan. Vigilalos bien, Fortun.

Fortun. Eso lo haré á toda prueba,
pero daria juramento,
que aunque les aten la lengua,
es gente que por hablar
dirian el secreto á señas:
sea lo que el cielo disponga,
y si me otorgais licencia,
voy á buscar á esos hombres,

y á asegurar me atreviera
(sino fuera por temor
de engañarme) que despierta,
ó dormida, ó desvelada,
ó á su gusto, ó á la fuerza,
á esa doncella os traeré.

D. Juan. Fortun, cúmplase esa idea.
(*Váse Fortun por el frente.*)

ESCENA 7.ª

D. Juan.

Se cumplirá; me lo anuncia
el alma; cuanta delicia
voy á gozar si consigo
domar su aspereza altiva;
ah! sé que á fuerza de ruegos,
de humillacion, de caricias
conseguiré que me ame;
mas si cruel, fementida,
mi ternura rechazando,
de esa otra pasion no olvida
los lazos, viven los cielos,
que trocaré mis caricias
en terribles amenazas
hasta dejarla vencida;
pero volvamos al monte
á concluir la batidà.

(*Gualtero que oculto ha escuchado las pasadas escenas, sale y detiene á D. Juan.*)

ESCENA ULTIMA.

Gualtero. Falso D. Juan, deteneos
y no vayais tan ufano,
que nunca puede un villano

ver cumplidos sus deseos.
Deshonrar á una muger
habreis dicho, eso ... no es nada,
pues mi nobleza encumbrada
mucho mas pudiera hacer.

D. Juan. Creo (vuestro acento lo abona)
que sin duda delirais,
ó aturdido equivocais
por otra, mi real persona.

Gualtero. No, no es aberracion;
es que quiero escarneceros,
pues que tengo al deteneros
la justicia y la razon.
¡Justicia! el labio mintió!
solo razon... que no es dable
la justicia á un miserable
que en pobre cuna nació.
Mas si no tengo riqueza
fausto, pompa y poderio,
aliento tan fuerte brio,
como voz teneis nobleza,
Y os haré ver arrogante
á do llega mi pujanza,
si nutriendo mi venganza
alzais del polvo ese guante.
(*le tira un guante*)

D. Juan. No puedo reñir con vos,
pues pese á vuestra arrogancia,
sabed que hai una distancia
y muy grande entre los dos:
moderad tan loca furia.

Gualtero. No, que aunque noble no sea,
quiero que el de Lara vea
que sé vengar una injuria.

D. Juan. Valiente sois, eso si,
y arrogante hasta lo sumo,
mas fácilmente presumo
que no pasareis de aquí,

y os perdono la venganza
pues nacido entre estos robles
no conoceis de los nobles
el poder adonde alcanza.

Gualtero. Si, lo conozco en verdad;
de ello tengo pesadumbre,
que del poder en la cumbre
no creí tanta maldad:
nobles son los que llenando
de oro sus crecidas arcas,
van impios á sus monarcas
y á su nacion arruinando,
los que adulando á sus reyes
con hipócrita falsía,
adulteran cada dia
de nuestra patria las leyes;
los que ostentando opulencia
sobre briosos caballos,
permiten que sus vasallos
se sumen en la indigencia;
los que en estremo villanos
siguiendo perjuras huellas,
deshonran á las doncellas
y á los ilustres ancianos;
y en inmundas bacanales
entre humeante licor,
se burlan del limpio honor
que mancharon criminales;
los que henchidos de grandeza
aun del delito se eximen,
pues en ellos hasta el crímen,
se cubre con la nobleza.

D. Juan. Ignoro como he podido
soportar leccion tan dura,
con que vuestra boca impura
mis timbres ha escarnecido,
cuando al metálico son
de mi atronante vocina,

de la montaña vecina
en revuelta confusion
mil nobles veriais bajar
para arrancar esa lengua
que poniendo en mi honor mengua
me supo, torpe, afrentar.

Gualtero. No los llameis, fuera en vano
reunirlos con tanta saña,
que estarán de la montaña
en el confin mas lejano.
Ademas que si abrigar
aun podeis tal pensamiento,
entre vos y el instrumento
se habria mi acero de hallar.
Y sabed (y no os asombre)
que sin nobleza ni dolo,
aqui se encuentran tan solo
un hombre con otro hombre.
Un hombre, si, disfamado
que se arrastra por el cieno,
que no alimenta en su seno
ni un pensamiento elevado.
Otro leal y valiente
que ya de si haciendo alarde,
llama al primero cobarde
y vil raptor insolente.

D. Juan. Partamos, que un caballero
(*recoge el guante*)
dificil es que se venza
á sufrir tanta vergüenza
y tan torpe desafuero;
vamos, vamos á reñir,
á donde querais ya os sigo,
que de esta afrenta el castigo
pronto habreis de recibir.

Gualtero. Partamos á la espesura
de ese bosque solitario,
y en combate sanguinario

veremos si es mas segura
vuestra espada que la mia,
y D. Juan, no retardaros
que ansia tengo de mataros
por tan vil alevosía.

D. Juan. Venid, venid, que á mis manos
habreis pronto de espirar.

Gualtero. D. Juan, eso es delirar....
nunca triunfan los villanos.

FIN DEL ACTO II.

ACTO III.

EL RAPTO.

La escena representa un jardin de la casa de Alarcon: se verán algunos árboles al frente: es de noche.

ESCENA 1.ª

D. Juan y Alarcon.

Alarcon. ¿Y sabeis quien fué el villano
que con audacia notoria
osó injuriaros D. Juan?
D. Juan. Lo ignoro, mas no me importa,
que insultos de algun infame
sin pundonor y sin honra
son aristas que se lleva
la tempestá á todas horas;
averiguarlo podria
mas es empresa harto odiosa
perseguir á esa canalla
que la hez del pueblo eboca,
¿hasta cuando esos insectos,
esas gavillas traidoras
han de oponerse á los vuelos
de nuestra estirpe orgullosa?
cada vez mas engreidos
llegar á nosotros osan
y levantan sus cabezas
y ni tiemblan ni se azoran.

Alarcon. Es verdad cuanto decis,
mas... hablemos de otra cosa,
¿fué vuestra pasion tan rauda,
tan fugaz y transitoria
ó pensais en mi hija Elena
como antes?

D. Juan. No amo á otra,
pero su desden apaga
el amor que me devora.

Alarcon. Sin embargo, vuestro amor
se va estinguiendo, y se borra
como la luz de la estrella
entre el albor de la aurora:
ella ingrata fué con vos,
y lo siente mi alma toda
cuando os quisiera ya ver
ceñir nupcial aureola.
En mi no estuvo, D. Juan,
y si ella fué desdeñosa,
culpad solo á vuestra estrella
que es harto tirana ahora.
Apesar de la aversion
de esa hija caprichosa
volveré de nuevo á hablarla,
y si insolente no toma
mis consejos... vive el cielo.

D. Juan. No la violenteis ahora,
esperad algunos dias...
que el tiempo todo lo borra
y el acaso domar pueda
su condicion orgullosa.

Alarcon. No lo creais, noble amigo,
la pasion que ora sofoca
la antorcha de sus sentidos
es tan vehemente y tan honda
que el tiempo no estinguirá
su llama devoradora.

D. Juan. No insisto mas, Alarcon,

y pues la alta noche emboza
el cóncavo firmamento
con sus denegridas sombras,
os saludo; hasta mañana (*con ironia*)

Alarcon. Guarde el cielo vuestra honra,
permitid que os acompañe...
la noche está oscura y fosca.

D. Juan. Si quisierais otorgarme
un favor.

Alarcon. Con mi alma toda.

D. Juan. Entrad pues en vuestra casa
y dejad que parta á solas,
evitandos la molestia
de venir en mi custodia.

Alarcon. Sois tesoro de bondad.

D. Juan. Siempre ha sido la lisonja
el iman de vuestro labio.

Alarcon. No tal.

D. Juan. Conque... hasta mañana.

Alarcon. Hasta que el cielo disponga.
(*Vase por la izquierda*).

ESCENA 2.ª

D. Juan *reflexivo y meditabundo.*

¿Y he de ser tan miserable?
¿ será tal mi deslealtad
que asi venda la amistad
de este ancíano venerable?
¿Y con accion tan villana
y tan dolosos amaños
he de manchar tantos años
de franqueza castellana?
Dirá el mundo fué mentida
la amistad que le brindé,
que sin respetar su fé
vendo su honra, que es su vida.

¡Oh amor á donde me llevas !
mucho atentas á mi honor,
y con tu fuego y tu ardor
harto mi constancia pruebas.
Falló la suerte, no hai mas,
se va á cumplir mi destino;
si obtengo su amor divino
¿qué me importa lo demas?
¿qué importa que el hombre necio
tache mi temeridad,
si llego de esa beldad
á domeñar el desprecio?
si absuervo el aura aromosa
de aquellos labios de hourí,
gruta de rojo rubí
y bello plantel de rosa...
¡ah! volad horas tardias,
atropellaos un momento
y dad al fin cumplimiento
á las esperanzas mias,
(*se oyen diez vibraciones de campana*)
¡las diez! se acerca la hora
saldré fuera del jardin;
veremos si tiene fin
la angustia que me devora.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA 3.ª

GUALTERO, *se supone que ha penetrado en el jardin.*

Las diez en este momento
me ha parecido escuchar,
á tiempo creo he llegado...
todo en gran silencio está.
Por mi vida que creí
fuese mas diestro D. Juan

en el manejo de armas,
pues apenas á trabar
empezamos nuestra lucha,
con suma debilidad
cansado su inerte brazo
dejó el acero escapar;
le insté de nuevo y negóse,
y entonces le hice firmar
este pliego do asegura
ser traidor y desleal
del noble anciano Alarcon
á la fraterna amistad:
pero no por eso el conde
hubo, impio, de renunciar
de su doloso proyecto
á la atroz iniquidad:
pues al acaso he sabido
que Fortun de nuevo está
por su señor obligado
el crímen á ejecutar.
Por la ventana del norte
debió realizarse el plan,
lo que dable no habrá sido
porque bien cerrada está.
Al ver que era su invasion
fallida por sitio tal
á este jardin de seguro
sus pasos dirigirán.
Aun la noche les protege
con su densa oscuridad,
y parece que los cielos
patrocinan su maldad:
pasos siento... báh, sin duda
el lobo se acerca ya,
no quiero evitar el golpe
hasta que llegue á tomar
su presa, pues es mas gloria
luego poderla arrancar

de sus temerarias garras;
entre tanto con afan,
bajo esos frondosos árboles
bien oculto habré de estar.
(*Ocultase Gualtero.*)

ESCENA 4ª

FORTUN, PONCE Y CONTRERAS. (*Se supone que han asaltado la tapia del jardin.*)

Fortun. La oscuridad nos protege;
entrad Ponce y acabemos
de una vez este negocio.
Ponce. Por mi parte nada temo
viniendo con mi tizona.
Contreras. Yo tampoco, y ya me encuentro
con ánimo de batirme
aunque fuera con doscientos.
Fortun. Bien está, mis camaradas,
si todos los escuderos
del conde D. Juan de Lara
fuesen asi, muy bien creo
que estuviera su persona
siempre libre de perversos:
pero vamos ante todo
á arreglar nuestro proyecto.
La ventana que da al norte
está cerrada, mas veo
que en este ameno jardin
intentar algo podemos,
para obtener esa alhaja
de tan elevado precio;
el robar una doncella
no es un asunto mui serio
para el que riñó mil veces
con franceses y suecos:

asi debemos estar
sin cuidado y será un necio ,
el que por miedo importuno
eche á perder nuestro objeto.

Ponce. Soy de esa misma opinion.

Contreras. Tengo el mismo pensamiento.

Ponce. Ahora bien; si en este sitio
segun digisteis debemos
acechar á esa beldad,
para ir matando el tiempo
que crece para el que espera,
fuera escelente remedio,
que nos contaseis algunas
aventuras ó sucesos
de los muchos que os pasaron
en la casa de D. Diego.

Fortun. Ese fué sin duda el amo
anterior al que ora tengo,
el hombre mas jugador...
muy intrigante y travieso;
calavera hasta lo sumo,
amante del bello secso ,
de modo tal que era el bú
de casados y solteros.
Entré en su servicio , pues ,
y al ver mi templado genio
mi audacia y mi actividad,
tuvo á bien dicho D. Diego
el nombrarme sin reboso
gefe de sus gatuperios :
buenos hice por mi vida
para cumplir con mi empleo;
y me veia diariamente
(tal era mi encargo) espuesto
de las damas indigestas
á los ásperos dicterios
ó al temible testarazo
de algun marido altanero.

Ponce. Vamos, Fortun, decid algo
de tan estraños sucesos.
Fortun. Reducir mis aventuras
á número, sin remedio
habrian de faltar guarismos
á quien se empeñára hacerlo.
De todas salí muy bien
menos de una; bien me acuerdo.
Contreras. Si la recordais contadla.
Fortun. Pues señor ni mas, ni menos:
era una noche sombría
de las mas crudas de invierno;
encontrabame á la puerta
de una casa, guareciendo
á mi señor que se hallaba
dentro con su amado dueño:
este dueño era una jóven
de caracter tan modesto
y de tan buenas costumbres,
que daba entrada á D. Diego
en su casa diariamente,
mientras su esposo D. Tello,
estaba fuera de ella
de lo que pasaba ageno:
me hallaba en tal situacion
cuando descubrí á lo lejos
un bulto, despues vi otro,
y otro, y otro que á mi puesto
avecinándose iban:
llegan, me ven, los aceros
desenvainan y descargan
sobre mi tal aguacero
que por poco me acogotan.
Ponce. ¿Y ese valor tan estremo
de que os sirvió?
Fortun. Iba sin armas
que á haber llevado mi acero
otra cosa hubiera sido:

señores no quedó en eso
porque al dejar yo la puerta
ellos penetraron dentro,
y sorprenden, (fiero trance)
á mi buen Sr. D. Diego
que con la casta doncella
yo no sé que estaba haciendo.
Caen sobre él, se defienden,
las armas con gran estruendo
resuenan; D. Diego al fin
golpes dando y recibiendo
conquista la puerta, sale
de rencor y de ira ciego,
y tropezando conmigo
sin conocerme el zopenco,
cree que soy sin duda, alguno
de los que con él riñeron,
y descarga sobre mí
otra lluvia por completo.

Ponce. Estuvo el lance pesado.

Fortun. Mas señores... pasos siento
por mi izquierda.

Contreras. ¿Será alguien?

Fortun. Por si ó por no deberemos
ocultarnos á merced
de esos árboles.

Contreras. Apruebo.

Fortun. Desde allí sin gran peligro
constantes observaremos,
y segun lo que aquí pase...
¿me entendeis?

Ponce y Contr. Os comprendemos

Fortun. Entonces al escondite,
y lo que salga veremos.

Gualtero. Por mi vida el golpe errasteis (*aparte.*)
pues para hacer vuestro intento
hallareis una barrera
y esa habrá de ser mi acero.

ESCENA 5.ª

DICHOS OCULTOS, ALARCON Y SU HIJA *por la izquierda.*

Alarcon. ¿Conque desdeñas oir
los consejos de este anciano,
y en ese delirio vano
te empeñas en insistir?
Tú que fuistes un modelo
de ternura y candidéz,
ora henchida de altivez
desprecias mi justo anhelo.
Nunca en tus años creyera
que por una obsecacion,
de un padre la pretension
tu alma imprudente vendiera.
Mas aunque enojado estoy
disculparé tu osadia,
si consientes, hija mia,
en ser del de Lara hoy.
Esos amores olvida
que lejos de enaltecerte
solo pueden descenderte
de tu estirpe esclarecida.
Yo bien sé que el corazon
que de amor el fuego abrigue,
dificilmente consigue
desarraigar su pasion.
Mas apenas unos dias
dejes su amor de escuchar,
pronto habrás de desterrar
tan bastardas simpatias.
Qué haces á tu timbre ultrage,
dando tu amor y tu fé
á quien siempre oscuro fué
sin conocido linage.

Y ya que naturaleza
te dió heráldico cuartel,
debes no atentar á él
mancillando su nobleza.
¿Por qué silenciosa estas?
hija mia, vamos, responde
¿serás esposa del conde?

Elena. ¿Del conde esposa?... jamas.
No puedo amar á ese hombre
y cansame su constancia,
cuando encuentro repugnancia
solo de escuchar su nombre.
Otros lazos, padre mio,
anudan mi corazon;
otra mas pura aficion
encadena mi albedrio.
No sé si en ello desdore
el esplendor de mi cuna,
solo sé que mi fortuna
hace que á Gualtero adore.
Y es mi delirio tan fuerte
y nuestro amor tan estremo,
que mas en mi lucha temo
perder su amor que la muerte.
Ese ha sido mi destino,
esa mi amante mision,
asi ved no es sin razon
que deje cumplir mi sino.

Alarcon. Tenaz estás; no hai acentos
ni aun las súplicas mayores
que alejen de esos amores
los indignos sentimientos.
Y llega á rudeza tal
esa pasion insensata
que en nada tienes, ingrata,
la dignidad paternal.
Y cual ecos repetidos
que al fin apagan los vientos,

asi todos mis acentos
se pierden en tus oidos.
Rechazas mi justo anhelo
é ignoras en tu demencia
que de esta inobediencia
venganza tomará el cielo.

Elena. No soi tan perjura, no,
que aunque mi alma enamorada
esté de amor abrasada,
al cielo nunca ofendió.
Y ese cielo bondadoso
en vez de darnos rigores,
quizás coronas de flores
nos reserve mas piadoso.
Si; que el sacro juramento
exhalado por los dos,
á los altares de un Dios
subió en las alas del viento.
Y antes morir que olvidarle,
pues pese á vuestra razon,
siempre sabré en mi pasion
mi existencia consagrarle.

Alarcon. No insisto mas, pero olvida
ese amor, ingrata Elena,
que rota está esa cadena
mientras aliente mi vida;
y ya que á mi justo intento
hicistes tal desacato,
mañana por mi mandato
te llevarán á un convento,
donde allí tal vez sucumba
tu estremada obstinacion.

Elena. Allí en contrita oracion
habré de aguardar la tumba.
(*Váse Alarcon por la izquierda*).

ESCENA 6.ª

DICHOS.

Elena. De mis ojos huye el sueño
dejándome en triste vela,
y el alma á la angustia vuela
sin gozar de su beleño;
pues es tan adusto el ceño
de mi horoscopo traidor,
como es agudo el dolor
que atormenta el alma mia,
cuando ignora en su agonia
donde se encuentra su amor.
Pálida está mi mejilla
que antes destellára grana,
como flor que en la mañana
se alza mustia y amarilla;
en mis órbitas no brilla
aquel antiguo fulgor,
y si algun muerto esplendor
de ellas sale, es por hallar
senda que pueda mostrar
donde se encuentra mi amor.
Blando céfiro inconstante
que bañándote en olores
besas las púdicas flores
de esa campiña fragante;
bajo ese velo flotante
que ondulas en derredor,
los ayes de este dolor
que apena al alma angustiada
raudo lleva á la morada
donde respire mi amor.
Dile que sin él no vivo,
que esta amorosa ternura,
mas que amor es ya locura,

es fuego lento y activo,
y que cual gime cautivo
pobre pájaro cantor
en el lazo engañador,
asi en prision mi alma llora,
porque en su penar ignora
donde se encuentra su amor.
Gualtero, Gualtero mio,
por qué oí tu dulce acento,
cuando un destino violento
me condena á tu desvio:
cual la gota de rocio
que en el cáliz de la flor
seca el sol abrasador,
asi se secan mis ojos
sin saber en mis enojos
donde se encuentra mi amor.
¡Mi amor! le abandonaré,
que así á mi suerte le plugo;
bajo el penitente yugo
al claustro me acogeré;
de hinojos me postraré
ante el ara del Señor,
pidiéndole con fervor,
que á lo menos en el cielo
mitigue el alma su duelo
sabiendo dó está su amor.
(*una leve pausa*)

Ponce. ¿Quién se encuentra con mas ánimo?

Fortun. Seguidme y en un momento
el asunto se concluye.
Señora (*acercándose á Elena*)

Elena. ¡Que miro cielos!
se vé asaltada mi casa
por bárbaros bandoleros...
huid ó al clamor de mis voces...

Fortun. Señora guardad silencio
pues por usarced venimos

y órden prescripta traemos
de llevaros.

Elena. ¡Trama infame!
todo muy bien lo comprendo
¿y pensais ejecutarla?

Fortun. Cualquier riesgo arrostraremos.

Elena. Os engañais, llamaré.

Fortun Será frustrado el intento.
(*Fortun ase por la cintura á Elena en ademan de robarla*).

Elena. ¿Quien su auxilio me dará
en este trance funesto?
(*cae desmayada en brazos de Fortun*)

Gualtero. Yo, que á eso vine mi amor; (*saliendo*)
á quebrar el albedrio
de ese D. Juan tan impio
que en vez de noble es traidor.

Ponce. Castiguemos su insolencia

Gualtero. Huid canalla envilecida
ó pagais con la existencia,
La torpe lengua atrevida,
(*Lidian Ponce y Contreras con Gualtero, mientras Fortun se lleva en sus brazos á Elena desmayada*).
añicos os he de hacer.

Ponce. Ya vuestro plan fracasó.

Gualtero. ¿Retrocedeis?

Ponce. Porque nó,
nuestra idea fué defender
al que la joya robó.
(*Vánse huyendo Ponce y Contreras, Gualtero intenta seguirlos, pero se detiene al oir la voz de Alarcon.*

ESCENA 7.ª

GUALTERO Y ALARCON *por la izquierda con espada en mano.*

Alarcon. ¿Quién se atreve á turbar con insolencia
el silencio y reposo de mi casa?
Gualtero. Unos traidores, viles, alevosos
aquí llegaron á estampar la infamia
de vuestra hija en la virtud loable.
Alarcon. ¿Pensais pueda creer tanta falacía?
vos vinisteis aquí no á defenderme
del golpe fiero de la intriga estraña;
vinisteis... fácilmente lo adivino,
á marchitar las hechiceras gracias
de mi hija; gravando en su alba frente
del deshonor la degradante mancha.
Gualtero. Con rigoroso acento escarneceis
en este sitio mi oportuna estada;
conoced (os lo juro por el cielo)
que si me hallais en vuestra noble casa,
no me indujo lascivo pensamiento,
fué solo de un ultrage la venganza.
Alarcon. Callad, callad, y no adunais mas mengua
á mi oprobio: jamas pudiera el alma
augurar en sus raudos pensamientos
tanta ficcion y ligereza tanta:
doncel audaz, lidiemos, pues deseo
probar de vuestro brazo la pujanza.
Gualtero. El golpe descargad, nunca espereis
que pueda levantar la diestra armada
contra un anciano, que eso innoble fuera,

y ajeno del valor que mi alma inflama:
mas antes escuchad solo un momento
el descargo que opongo á la arrogancia
con que quereis culparme.

Alarcon. Ya os escucho. (*con impaciencia*)

Gualtero. Pues bien, sabed que el burlador amigo
que atenta á vuestro honor es el de Lara.

Alarcon. ¡Oh insondable maldad! asi ese labio,
atrevido doncel, impio difama
con punible calumnia la nobleza
y limpio pundonor del conde Lara.

Gualtero. Repasad ese pliego. (*le entrega un pliego*)

Alarcon. ¡Atroz doblez! (*despues de leerlo*)
¡El de Lara insidioso me burlaba!

Gualtero. ¿Os convencisteis ya de mis intentos?

Alarcon. Si, perdonad doncel, mi intolerancia
y mi incredulidad: ira terrible
en mis venas volcánicas se inflama:
¿mas mi hija do está?

Gualtero. En pos de ella
volemos, noble amigo, sin tardanza.

Alarcon. ¿Dónde se encuentra pues?

Gualtero. Esos malvados
réprobos servidores del de Lara,
apesar de los golpes de mi acero
se han atrevido audaces á robarla.

Alarcon. ¡Gran Dios! nuevas desdichas.

Gualtero. No perdamos
un momento siquiera: del de Lara
marchemos al palacio, y si insolente
á Elena no nos da... nuestras espadas
del inicuo batiendo el torpe intento,
sabrán á vuestro lado restaurarla.

Alarcon. Noble jóven, partamos.

Gualtero. Al instante,

antes que ese traidor con negra man-
cha
empañe su beldad, y si lo ha hecho
volemos á cumplir nuestra venganza.

FIN DEL ACTO III.

ACTO IV.

EL PREMIO.

La escena representa una habitacion de una quinta perteneciente al conde de Lara, puertas al frente y á la izquierda; á la derecha una puerta secreta, sillones, &c. es de noche.

ESCENA 1.ª

D. Juan, Fortun y Elena *que estará sobre un sillon desmayada.*

D. Juan. Bien mis órdenes cumpliste
y entre todos los criados
que me sirven (por tu genio
y por tu caracter franco)
eres sin duda el mas digno
de estar en mi ilustre trato;
obediente hasta lo sumo,
leal, desinteresado,
jamas el alma rendiste
al contagioso letargo
con que enerba el corazon
del crímen el negro hálito.
Por eso desde hoy te nombro,
Fortun, mi primer vasallo.
Y creo que esta confianza
que de tu persona hago
no ha de ofuscar tus sentidos
hasta el ridículo grado

de que á orgullecerte llegues,
inicuamente olvidando
que tu protector he sido
durante catorce años.

Fortun. ¡Oh! jamas la deslealtad
ni la ingratitud, su infausto
gérmen en mi corazon
depositaron ; que cuando
la veleidosa fortuna
sobre sus movibles brazos
á una esfera enaltecida
me elevase, nunca ingrato
la deferencia olvidára
que obtuve en vuestro palacio.

Lara. Así me place , Fortun,
sigue tan honroso trazo
y vivirás en la tierra
de los hombres apreciado,
que es mas gloria poseer
un alma noble que cuantos
tesoros crian las arenas
que arrastran Genil y Darro.
(*Mirando á Elena*)
¡Qué tranquila está! su sueño
es el seráfico estado
de los ángeles que habitan
el alcázar sacrosanto;
quien ¡ay! disfrutar pudiera
el mas fugitivo rayo
de esa calma deliciosa
que sus sentidos bañando
la aduermen en ideal lecho
de dulcísimos encantos.
Déjame solo , Fortun ,
que acaso la paz turbamos
de esta celestial criatura
mas hechicera que el astro
que en la noche desde el Norte

difunde sus vivos rayos:
quiero á solas contemplarla.

Fortun. Cumpliré vuestro mandato.

D. Juan. Si, Fortun, despeja luego,
que tú no sabes ¡ay! cuanto
gozando está el corazon
en este momento fausto.
(*Váse Fortun por el frente*).

ESCENA 2.ª

D. Juan (*mirando á Elena*).

D. Juan. Duerme mientras anhelosa
el alma de gozo llena,
contempla en tu faz hermosa
la púrpura de la rosa
y el albor de la azucena.
¡Cuan leves esos cabellos
por la espalda se desprenden!
¡cuán puros son los destellos
de esos dos ojos que encienden
al alma ardiente entre ellos!
¡Cuán lívido está el carmin
que aromas rinde á tu frente!
ya empalidece el carmin
que retiñó suavemente
tus labios de serafin.
Yo te bendigo, ángel mio,
silfa que trisca en la grama
que borda el bosque sombrío
cuando con fresco rocio
la primer luz lo recama.
Inmaculada paloma,
batel de rizada pluma
que sobre la brisa asoma
cual una nube de aroma,
cual un esquife de espuma.

Quién mas que tú pura y bella,
límpido fanal de amores,
clara y brilladora estrella
que desde el cenit destella
benéficos resplandores.
Vuelve, vuelve, hermosa mia,
que ya te aguardan mis brazos
con la doble simpatia
con que al olmo en dulces lazos
se anuda la hiedra fria.
¡Ai tal vez ese rival,
que mi existencia envenena,
ora cruce por mi mal
la imaginacion serena
de esta muger celestial.
¡Terrible tormento, cielos!
del Orco acaso sentencia
es con hórridos desvelos,
tener presa la existencia
entre el amor y los celos.
(Elena volviendo en sí)

Elena. Mi frente se quiere arder,
mi corazon de su centro
se quiere... ¿dónde me encuentro?
¿dónde?

D. Juan. Estais en mi poder.

Elena. ¡Oh proceder inhumano
que vuestros timbres infama,
negra y degradante trama
digna solo de un villano!

D. Juan. Mi violencia disculpad
hija de mi estremo amor:
deponed tanto rencor
y tanta severidad.
Oid el dulce reclamo
de mi corazon amante;
ved que ciego y delirante
y que con locura os amo.

Elena. No reveleis la pasion
que lejos de fascinar
viene cruel á lacerar
mi marchito corazon:
porque yo jamas pudiera
unir mi mano al de Lara;
ved conde que nos separa
una colosal barrera.
Amo á otro, y este amor
es tan vehemente y tan puro,
que en él ha de hallar un muro
el que aspire á mi favor.
A mas que aunque libre fuera
nunca, nunca os escuchára;
quien del honor se separa
jamas mi mano obtuviera.
Ya presumo que villano
me robasteis... ¡oh maldad!
mancillando la amistad
de un enaltecido anciano.

D. Juan. Sé que he sido un fementido
á la amistad de Alarcon,
que he atentado á su blason,
que su fama le he vendido.
¿Mas quien el clamor acalla
de un corazon anhelante?
¿quién en un vértigo amante
no atropella cualquier valla?

Elena. Tal pensamiento alejad,
y si me quereis oir,
dejadme al punto partir.

D. Juan. ¡Oh Dios y cuanta crueldad!

Elena. De esa pasion tan impia
sepultad los pensamientos,
que son vanos los acentos
de vuestra tenaz porfia.
Que nunca oireis de mi boca
ni un preludio de terneza,

que he de ser en fortaleza
del golfo la altiva roca.
Volvedme pues, al hogar
de donde me habeis sacado
y no intenteis obsecado
el crímen acrecentar.
Que si con procaz torpeza
pensais sucumba en el trance,
ved que hai un cielo que lanze
un rayo á vuestra cabeza.

D. Juan. Si he querido arrebataros
no fué, lo sabeis muy bien,
para oir vuestro desden,
fué tan solo para amaros.
Para espirar de contento
al fuego de esta pasion
cumpliéndose la ambicion
de este corazon sediento.
Asi no espereis resuelva
amenguar mi estremo amor,
ni que apagando mi ardor
á vuestra casa os devuelva.
Que ya el tiempo amansará
vuestra condicion tan dura
y acaso con fiel ternura (*con ironia*)
vuestro pecho me amará.

Elena. Os engañais.

D. Juan. No me engaño:
aquí estareis encerrada
hasta que deis apiadada
alivio á mi amante daño.
Y sabed que esta terneza
con que estoi hablando ahora
se convertirá, señora,
si es preciso en aspereza.
Y si insistis en hollar
de mi pecho los favores
pese á tan negros rigores

por fuerza me habreis de amar.

Elena. No mi voluntad se trunca.

D. Juan. Pronto os arrepentireis
y con ardor me amareis. (*con ironia*)

Elena. Amaros yo... Conde?... nunca.
(*Elena vase por la izquierda*)

ESCENA 3.ª

D. Juan.

Nunca... fatídico acento
que toda mi sangre hiela;
insonnio que me desvela
de mi letárgico afan:
¡oh ilusiones nacaradas,
bellos esquicios de gloria
que de mi triste memoria
en tropel huyendo van!
¡ah! nunca podré olvidarlos
que aunque sus fieros me ultragen
siento que aun está su imágen
gravada en mi corazon,
y que al recordar las gracias
de su virginal contorno
asalta á el alma el trastorno
y se embota mi razon;
solo en su febril delirio
un consuelo el alma alcanza,
y es una pronta venganza
que temple mi indignacion,
que ya estas negras zozobras,
y estos continuos desvelos,
y estos infernales celos
cambian mi amor en rencor.
Elena tu has desdeñado
mis caricias, mi ternura;
no culpes, nó, mi cordura

en vengar tanto desden,
y ya que apagar no pueda
este fuego en que me abrazo
yo tenderé un nuevo lazo
que te rinda á mi poder.
(*se aproxima á la puerta del frente*)
Fortun.

ESCENA 4ª

DICHO Y FORTUN.

Fortun. Señor.
Lara. Aquí llega.
Fortun. Ordenad.
Lara. . Dentro de un hora,
sin detencion, sin demora
hemos de salir de aquí.
Fortun. Vuestro mandato es mi ley.
Lara. Ve y anuncia la partida
á esa muger afligida
que llora penas allí.
(*señala la puerta de la izquierda; Fortun desaparece.*)

ESCENA 5.ª

LARA.

¡Ah muger! ¿por qué insensata
te gozas en mi martirio
sin solazar el delirio
de mi loco frenesí?
¿no ves te espones al rayo
de mi pasion indomable,
de esta cadena inquebrable
que subyuga mi existir?
En perdurable clausura

estarás aprisionada;
sola... en el silencio aislada
sin oir humana voz:
y si esto á vencer no llega
la fuerza de tu desden
la astucia puede muy bien
dueño hacerme de tu amor.
(*Vase por el frente*).

ESCENA 6.ª

ELENA Y FORTUN *por la izquierda.*

Elena. ¡Ah! por compasion decidme
que nueva trama traidora
se trata de urdir ahora
cual otra red á mi honor.
Fortun. Yo de eso no entiendo nada
¿ teneis algo que ordenar?
Elena. Os podeis ya retirar.
Fortun. Señora quedad con Dios.
(*váse Fortun por el frente*)

ESCENA 7.ª

ELENA.

Salid ahogados gemidos
que en mi pecho os albergais,
que sin cesar arrancais
de mi corazon latidos:
salid ecos repetidos
emblemas de desamor,
resortes del torcedor
que acosa mi estéril mente,
y á ese mundo indiferente
id y contad mi dolor.
Decidle cuanto padezco

sin la luz de mis amores;
aquí oyendo los favores
de un hombre á quien aborrezco
que del cielo no merezco
un destello de piedad,
teniendo en esta orfandad,
llena de espinas y abrojos,
llanto abundoso en los ojos:
en el corazon, pesar.
Pobre violeta nacida
sobre un mármol funerario,
por el viento temerario
deshojada y combatida:
no espere en su fugaz vida
las auras de un nuevo estío,
ni que llegue el manso rio
á espejarla en su corriente,
ni que el alba trasparente
la carone de rocio.
¿Cómo romper estos lazos
que me preparó el azar?
destino ¿cómo volar
de mi Gualtero á los brazos?
el corazon en pedazos
siento quebrantarse aquí:
(*señalando el pecho*)
¡oh cielo! ¿porque nací
si desde la tierna cuna
habia de ver la fortuna
su furia ensañar en mí?
(*una leve pausa*)
oir me parece rumor
hácia aquí
(*se aproxima á la derecha*)
¿querran los cielos
acrecentar los desvelos
de mi continuo dolor?
(*váse por la izquierda*)

ESCENA 8.ª

GUALTERO *que entra por la puerta secreta de la derecha.*

Al fin llego á penetrar
en esta abyecta mansion,
y no me sabré tornar
hasta que llege á encontrar
la luz de mi corazon:
el acaso conocer
me hace esta secreta entrada:
¡oh cielo! ¿y podré volver
sin la hechicera muger
que tiene el alma encantada?
imposible, que el amor
que nuestras vidas auna,
es instinto halagador
cuyo magnético ardor
nos unió desde la cuna:
¿si habrá intentado el impío
sus virtudes mancillar?
¿si amenazador sombrio
habrá osado profanar
su honor, que es el honor mio?
alejese el pensamiento
que tantos males revela
porque al abrigarle siento
un desgarrador tormento,
y que mi sangre se hiela:
. . . . . .
pronto llegará Alarcon
y si Lara en no ceder
se obstina de su traicion,
vive Dios le hemos de hacer
pedazos el corazon.
. . . . . .

todo en silencio reposa. ..
(*se asoma á la puerta del frente y á la de la izquierda*)
¡oh cielos que miro allí!
es mi Elena, si, mi hermosa,
la de frente ruborosa,
la de lábios de alhelí.
Gracias propicio destino,
ya no me aterra la suerte,
¡ay! ven arcángel divino
que á tu lado peregrino
es un deleite la muerte.
(*sale Elena por la izquierda*)

ESCENA 9.ª

DICHO Y ELENA.

Elena. ¡Gualtero!
Gualtero. Amada mia, bien de mi vida,
estrella de mi amor, luz de mis ojos,
deja que el alma de placer demente
devore arrebatada
el rayo peregrino
que en derredor esparce tu mirada:
deja que de tu boca embalsamada
al aromoso aliento
espire aqui de amor y de contento.
Elena. ¿Con qué te vuelvo á ver, Gualtero mio?
¿Mas como penetraste en esta estancia?
Gualtero. Esa secreta puerta
á mi paso se abrió para jurarte
nuevas protestas de mi amor profundo,
de esta abrasante llama
que á sofocarla en mi ardoroso pecho
poder no tiene en su estension el mundo.
Vengo para anudar los dulces lazos

que estrechan nuestra eterna simpatia,
vengo para decirte: «Hermosa mia
tiéndeme aquesos brazos
y embriagado á tan célicos favores
en ellos me veras morir de amores.»

Elena. Si, dulce bien, el cielo nos escucha
y el Creador de los mundos acogiendo
nuestro amor inocente,
tal vez desde su trono refulgente
esté ya bendiciendo
con mano generosa
la union de nuestras almas deliciosa.
¿Mas como no temiste
del iracundo conde la venganza?
¿cómo, di, te atreviste
á provocar su enojo?

Gualtero. ¡Que importara!
¿yo temer cuando vengo fascinado
á bañarme en tu luz? cualquier barrera
que alzára mi fatídico destino,
delirante y frenético rompiera
para volar á tí, ciego de amores,
para acoger tu mano y encantado
á tan bello tesoro
con apagada voz decir *te adoro.*
¡Yo temer! ¿y qué riesgo no arrostrára
por la luz de tus ojos,
quien por un rayo solo provocara
aunque fuese de un cielo los enojos?
¡Temer! ¡qué me importára la existencia
cuando lejos de tí, bella criatura,
soi un ser sin ensueños, sin creencia
que camino sin rumbo á la ventura!
Y aun mas hiciera, hermosa,
que á tal llega el influjo de tus ojos
que por gozar su luz tan deliciosa
al Orco me lanzara
y del mismo Luzbel te arrebatára.

Si mi Dios irritado
abriera entre los dos un hondo abismo,
aunque el rayo amagase mi cabeza,
á tu lado volára
con amante heroismo,
porque este amor que agita el alma mia
es mas que amor... locura... fanatismo.

Elena. ¡Ah! cuan perjura he sido; yo creia
que ingrato me olvidabas,
que en nuevo amor tu pecho se encendia,
que inconstante, tal vez, me abandonabas.

Gualtero. ¡Abandonarte yo! ¡ay! ese acento
cual filtro emponsoñado
hasta mi corazon ha penetrado.
¡Abandonarte yo! antes su antorcha
el sol vivificante sofocára,
y el mundo estremeciendo su cimiento
roto en pedazos mil se desplomára;
que eres todo mi bien: cuando á tu lado
veo resbalar las horas
¡cuan bello me es el mundo! las auroras
dan una luz mas pura; el cielo viste
de mas vívido azul su ancha techumbre,
y no es la noche tan medrosa y triste,
y hasta el aura fugaz que en torno gira,
felicidad y amor todo respira.

Elena. ¿Como no te he de amar si cada acento
prende á mi corazon nueva cadena;
sí tu inflamado aliento
el alma enloquecida me envenena?
si en malhadado dia
te perdiera, amor mio,
mi importuno existir.... maldeciria...

Gualtero. Acento celestial, hija del cielo,
di otra vez que me amas.

Elena. Si, bien mio,

ante el Dios de la altura lo declaro,
y esta pasion que con sus rayos dora
de mi vida la suerte
no podrá arrebatarla ni aun la muerte.

Gualtero. ¡Ah! si un momento penetrar pudieras
en este corazon, ya comprendieras
cuanto es voraz la llama
que en mi pecho prendieron
esos ojos que al Sol la luz bebieron.
Mil noches sobre el lecho,
horas siniestras de dolor pasando,
mi angustia he entretenido,
en la mente volcánica animando
la imagen seductora
de ese rostro de cielo, que atesora
mas hechizos y encantos
que trasparentes gotas de rocío
el alba tibia sobre el campo llora.
Entonce en mi delirio
vi rodar una angelica sonrisa
por esos labios de encendida grana,
y en mi frente sentí ¡demencia vana!
su perfumado ambiente
mas puro que el respiro de la brisa
que con soplo inocente
fuentes y flores y arroyuelos pisa.
Mas ¡ah! que parda sombra
el fantastico cuadro me eclipsaba
y por mis ojos densa se estendia,
y entre sus pliegues de letal negrura
mi delicioso ensueño se perdía.

Elena. ¿A que buscar mas tintas ni colores
para pintar tu amor? harto mi alma
en su efusion comprende
que eres tu de su amor la sola palma.

Gualtero ¿Y dudarlo podrias?
nunca, que esta aficion está gravada
con fuerza tal, que nada

hay en el mundo que entibiarla pueda:
tuyo si, hasta morir, aqui lo juro
sobre mi corazon, sobre mi espada.
(*se oye rumor: se dirijen á la puerta secreta y retroceden*)
Alguien se acerca hullamos... ven bien mio:
imposible; ya es tarde: en esa estancia
entra alma mia sin temer desmanes
que aqui velando tu destino impío
Gualtero quedará.

Elena. Y si el de Lara...

Gualtero. Nada temas por mi; parte mi estrella,
que al que lleva este acero
por Dios no le atropella
de ese conde la cólera enojosa.

Elena. Adios mi bien.

Gualtero. Adios mi luz, mi hermosa.
(*váse Elena por la izquierda*)

ESCENA 10.

GUALTERO.

No temas ángel querido,
cándida y blanca paloma,
que ya el alcon atrevido
sobre los vientos no asoma
su penacho ennegrecido.
Aquí velando tu honor
guarda perenne seré,
y á tanto llega mi amor
que aun el peligro mayor
por tí, hermosa, arrostraré.
Que venga el conde ¿qué importa?
ya con ansiedad le espero,
que aunque lidiador artero,
no sus ímpetus acorta

quien lleva al cinto este acero.
Que venga, no he de doblar
mi frente ante su grandeza,
que si se obstina en lidiar
tal vez yo le haga inclinar
con mi espada su cabeza.
¡Oh cielos! ¿y qué no hiciera
cuando se halla aqui mi hermosa,
que en arras dará amorosa
una sonrisa hechicera
de su boca deliciosa!
Elena... reposa ahí,
confia en mi amorosa fé,
que aunque ahulle el lobo allí,
si á penetrar llega aquí
las garras le arrancaré.

ESCENA 11.

DICHOS Y D. JUAN *por el frente*, GUALTERO *se emboza en la capa.*

D. Juan. El cielo os guarde.
Gualtero. Escusad lisonjas (*con desprecio*)
que de ese inmundo labio al recibirlas,
menos que enaltecido
me creyera en el polvo confundido.
He aquí los que acuartelan
geroglíficos mil en sus blasones,
los que del rey se encelan
porque á su voz no humillan cien naciones
su pompa y poderío: los que soñando
á mas altura remontar los vuelos
van sin cesar hollando
los nobles pergaminos
que dicen conquistaron sus abuelos
D. Juan. ¿Quién sois que con la ofensa

en el osado labio
á mi intachable honor poneis agravio?
¿cómo habeis penetrado en este sitio?
hablad y descubrios, ó por mi vida
que á una palabra sola
llegarán mis criados...

Gualtero. No penseis
que me arredren tan torpes acechanzas,
¿quereis saber quien soi? pues bien sabedlo...
yo soi quien anhelante de venganzas
cual una sombra por do quier os sigue,
quien al correr de enojo la balanza,
vuestra frente escupiera
si frente de traidor esa no fuera.

D. Juan. Salid pronto, alejaos, ó vive el cielo.

Gualtero. Vuestros siervos llamad, á esa canalla
nutrida en el oprobio y la bajeza,
la que oponeis cual valla
que os defienda la infamia y la torpeza
que en el alma guardais.

D. Juan. Callad repito.

Gualtero. Vengan pues, que á los golpes de mi acero
huirán despavoridos
cual medrosos reptiles azorados
del leon á los ásperos rugidos;
criados de un villano
que hace de la traicion vanos alardes
deben ser como él tambien *cobardes.*
¿conocerme quereis? mirad mi rostro.
(*se desemboza*)

D. Juan. Os reconozco ya, ¡fatal momento!
mas ¿qué vuestra presencia
en este sitio reclamar pretende?

Gualtero. ¿Vos no lo adivinais? viven los cielos
que unis la alevosía

con rasgos de falaz hipocresía;
¿á que vengo decis? vengo á ultrajaros,
tambien á escarneceros,
á impedir que la ley en abandono
á la deshonra levanteis un trono;
he venido á arrancaros
la joya qne robasteis altanero,
la que tal vez guardais
para esculpir en su virginea frente
el sello de la infamia inicuamente.

. . . . . .

Dadme á esa Elena que guardais astuto;
que en sus oscuras pájinas fatales,
quiso el destino para mas tributo,
que fuesemos los dos fieros rivales.

D. Juan. ¿Esa Elena entregar? antes fiel luto
mis vasallos por mi vistan leales:
y no me canseis mas... ni el mismo infierno
la ha de arrancar á mi tezon eterno.

Gualtero. ¡Ah que vencido estais! ¿me creeis tan necio
que viniera á rendir súplicas viles
al que lleva por timbre mi desprecio?
al que siguiendo su fatal estrella
es aun mas miserable
que el polvo vil que con su planta huella?
El golpe errasteis, si, Elena se halla
bajo mi amparo, conde;
en esa estancia está: hai una valla
un invencible muro,
que no derribareis mientras mi mano,
á lidiar avezada,
pueda blandir la vengadora espada.

D. Juan. Me vendieron ¡Gran Dios! pronto dejadme
en esa estancia penetrar, lo mando:

doblad vuestra cerviz tan arrogante
porque estais insultando
á quien con un acento...

Gualtero. Puede ofenderse quien alienta un alma
que sigue del honor la noble senda;
pero al que como vos, se arrastra impio
por el fango fatal de la impostura,
¿qué le importa que el mundo
su frente escupa y su existir maldiga?

D. Juan. Mi venganza temed.

Gualtero. Llevo este acero
(*lo desnuda*)
que siempre se tiñó en sangre enemiga,
en noble sangre, si; no cual ahora
que si vibrado por mi fuerte mano,
su punta cortadora
á hundirse llega en vuestro inmundo pecho
se manchará con sangre de un villano.

D. Juan. Basta, la muerte solo vengar puede
tanta afrenta y baldon,
(*desnuda la espada*)

Gualtero. Pues bien lidiemos.

ESCENA 12.

Dichos y Fortun *por el frente.*

Fortun. De esta quinta en direccion
(*dirigiéndose á D. Juan*)
y con marcha apresurada,
con porcion de gente armada
viene el anciano Alarcon:
su objeto es acometer
y penetrar hasta aquí
decidme ¿que hemos de hacer?

D. Juan. ¿Debo fiarme de ti?

Fortun. Siempre os he sido leal

y vuestro norte he seguido.

D. Juan. Entonce ve decidido
á que con noticia tal
mis criados sin tardanza
vayan su entrada á impedir.

Fortun. Voy vuestro deseo á cumplir.

D. Juan. Llegó el dia de la venganza.
(*váse Fortun por el frente*)

ESCENA 13.

D. Juan y Gualtero.

Gualtero. Solos los dos quedamos y por tierra
van á caer D. Juan vuestros deseos.

D. Juan. Vuestra torpe amenaza no me aterra.

Gualtero. El acero empuñad y defendeos,
y recordad que es esta la segunda
vez que á venceros voy: pronto lidiemos,
que si el cielo me diera los tesoros
que besa el Indo entre raudales claros,
D. Juan, no los trocára
por el placer inmenso de mataros.
(*Lidian*)

D. Juan. Pronto acabad.

Gualtero. Si á fé.

D. Juan. Temed mi brazo.
(*á los pocos golpes cae muerto D Juan: Elena sale de la izquierda sobresaltada*)

D. Juan. ¡Ah! me habeis muerto...

ESCENA 14.

Dichos y Elena *por la izquierda.*

Gualtero. Elena.

Elena. Que peligro

te amenaza Gualtero.

Gualtero. Ya ninguno,
murió el aleve: el hierro emponzoñado
su inicuo corazon ha traspasado.
(*se oye rumor de armas*)

Alarcon. Atras viles vasallos, vive el cielo
(*desde adentro*).

Elena. ¿Y esas voces que son? somos perdidos.

Gualtero. Es Alarcon que llega con su gente.

Elena. ¿Mi padre?

Gualtero. Si alma mia.

ESCENA 15.

Dichos y Alarcon *que penetra seguido de sus criados*: Fortun *y los criados de* D. Juan *vendrán desarmados.*

Gualtero. A vuestra hija, noble Alarcon, tomad.

Alarcon. Llega á mis brazos, llega.

Elena. Padre mio.

Alarcon. ¡Muerto! ¿quién en un tiempo me digera
(*mirando á D. Juan*)
que eran dolosos, si, vuestros acentos,
y que embriagado en la traicion artera
ese labio falaz con vil falsía
heria mi honor y mi lealtad vendia?
Alejad el cadáver del perjuro.
(*dos de los criados de Alarcon quitan de la escena el cadáver de D. Juan.*)
Id en paz aunque fuisteis un villano;
de mi justo rencor estad seguro,
que aunque injuriado fuí soi castellano
y sin que abrigue el corazon encono
en vez de maldeciros... os perdono.
Y vos, noble doncel, á quien hoi debo
la reconquista del mejor tesoro,

cual entonces os digo aquí de nuevo
que pidais una gracia, yo os lo imploro.

Gualtero. ¿Una gracia pediros? no me atrevo
aunque en silencio mi pesar devoro,
ya que el mundo con fátua intolerancia
se empeña que *en amor haya distancia*.
En Italia nací, la luz primera
allí enseñoreó mi edad naciente,
y un padre que arrancó la muerte fiera,
con dulce afan acarició mi frente;
de entonces á esta tierra lisongera,
de bello cielo y perfumado ambiente,
me condujo la suerte, y no os asombre,
la dí de patria el sacrosanto nombre.
Por ella en mil batallas he vertido
la sangre que circula por mis venas,
y sin necio pavor he combatido
las invasoras huestes agarenas...
si quereis, pues un hijo ennoblecido
al aspecto de bélicas escenas,
con la suya enlazad, ilustre anciano,
de vuestra hija la divina mano.

Alarcon. Grande es la recompensa que anhelais
por vuestro franco y sin igual servicio:
tomadla pues, que es justo la obtengais
y sabed no hago en ello sacrificio.
(*Alarcon coge la mano de Elena y la presenta á Gualtero*)

Fortun aparte. ¡Oh cielo vengador, á que aguardais
que no abris á mi planta un precipicio!

Gualtero. Ven á mis brazos, ven criatura amada,
y bañeme la luz de tu mirada.
Fué mi cielo, Alarcon: hará dos años
que á ella me liga celestial destino,
y desde entonce sin temer engaños
hallé un Eden en su candor divino.
Sobre mi espada os juro, noble anciano,

la ventura crear de vuestra hija;
y tu Elena, recibe en tu alba mano
cual presente nupcial esta sortija:
(*le entrega una sortija*)
no la abrillantan perlas
mas la respeto con dolor profundo;
diomela sobre el campo de batalla
al tiempo de espirar un moribundo.

Alarcon ¡Un moribundo! ¡Cielos qué sospecha!..
decid su nombre.

Gualtero. Hernando.

Alarcon. Era mi hijo.

Gualtero. ¿Vuestro hijo?

Elena. ¡Mi hermano!...

Alarcon. Gracias, cielo,
que al fin amenguas mi dolor prolijo;
esto de unir acaba nuestros lazos...
¿y le visteis morir?

Gualtero. Como un valiente:
dió el último suspiro entre mis brazos.

Alarcon. Y los mios tomad eternamente.
Mañana á el ara.

Elena. Y el juramento
de indisoluble amor do quier resuene
sin que de nuestras almas el contento
la negra adversidad pérfida apene.

Gualtero. Luego al campo: de trompas el concento
el ronco viento con fragor atruene,
y arrollando ginetes y corceles
una alfombra os haré con mis laureles.

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Leáse.*
7	36	adandonada	abándonada
13	26	dasvanecido	desvanecido
14	14	ante el Dios que domina cielo y tierra	suprimido
32	19	eterrador	aterrador
68	21	carmin	jazmin
75	19	carone	corone

Precio de cada egemplar..... 5 rvn.

DERECHO DE PROPIEDAD POR SU REPRESENTACION.

En los teatros de Madrid, Barcelona, Valencia, Granada, Málaga, Sevilla y Cádiz. 120
En los demas del Reyno. 60
En los de la Isla de Cuba. 200

Los encargados para su venta en los puntos que á continuacion se espresan son los autorizados para cobrar dicho derecho.

Algeciras.	*Tapia.*
Badajoz.	*Viuda de Carrillo.*
Barcelona.	*Saurí.*
Burgos	*Arnaiz.*
Coruña.	*Perez.*
Granada	*Sanz.*
Habana	*Alegria y Charlains*
Jerez	*Bueno.*
Logroño	*Ruiz.*
Madrid . . , ...	*Viana.*
Málaga	*Martinez Aguilar.*
Puerto de Santa Maria. .	*Valderrama.*
Ronda.	*Moretti.*
Santa Cruz de Tenerife. .	*Cifra.*
Santander.	*Otero.*
Sevilla	*Caro.*
Valencia	*Jimeno.*
Valladolid.	*Rodriguez.*
Vitoria	*Ormiluque.*
Zaragoza	*Yagüe.*

3 0112 117454220